



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas

(Francisco Mas.)



Habrà en España un pintor
que trabajará quizás
tanto y tan bien como Mas,
pero no más ni mejor.

SUMARIO

Teatro: De todo un poco, por Luis Taboada.—Una hormiguita, por Ricardo Monasterio.—Vanidad, por Luis de Ansorena.—A un dramaturgo rural, por Juan Pérez Zúñiga.—La cogida de Paquillo, por Fiacro Yrizar.—En la gloria, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: (Francisco Mas).—Vanidad (cuatro viñetas).—Dime con quién tratas y te diré en lo que te transformas (ocho viñetas), por Cilla.

DE TODO UN POCO

Días pasados circuló por Madrid una noticia de verdadera sensación.

Asegúrese que el *Guerra* pensaba «quitarse de los toros», como dice él en forma sencilla y desgarradora.

Todo cuanto yo diga acerca de la impresión que esta terrible nueva produjo entre los admiradores del diestro cordobés resultaría pálido.

En los cafés, en la calle, en el teatro, en los ministerios, en los círculos más ó menos cultos, en todas partes se ha hablado con verdadera amargura del triste acontecimiento, y algún aficionado, al leer la noticia en *El Globo*, perdió la color y se arrojó de bruces sobre la cama, ocultando la cabeza debajo de la colcha.

Al principio trató de nombrar una comisión formada por representantes de la milicia, la banca, el clero y la industria corcho-taponera para que pasase á Córdoba y suplicara al famoso matador que no nos dejase huérfanos de muleta.

Después se pensó en hacer rogativas públicas para que la Divina Providencia tomase cartas en el asunto, evitando la retirada de Rafael; y hasta se dijo que se reunirían las Cortes antes de la fecha señalada, á fin de que se declarase día de luto nacional aquel en que desapareciera del ruedo el sublime *Guerrita*.

Por de pronto sus idólatras se apresuraron á ponerse gasa en el sombrero, á guisa de luto anticipado, y muchas señoras salieron por ahí con lazos de crespón en el pecho...

Cuando era mayor la amargura, salió un periódico diciendo que el *Guerra* no había pensado en retirarse, y hasta reproducía estas hermosas frases, pronunciadas por el gran torero al ser interpelado por los periodistas:

—*En jamás he pensado de retirarme tan y mientras que hatga atsonaos y no farte la guita.*

Con estas hermosas palabras ha vuelto la tranquilidad á los ánimos y España continúa siendo el país más feliz del mundo, á pesar de la sequía, la guerra de Cuba y la falta de poetas para que escriban el canto patriótico.

Ha pasado el día 1.º sin derramamiento de sangre. Dijose que los anarquistas de profesión trataban de traernos el caos; y esto había infundido en el ánimo de las autoridades hasta el punto de pasarse horas enteras mirando debajo de las camas, por si había algún demagogo escondido detrás del vaso de noche.

Por su parte, los destructores de la sociedad se recontaban cuidadosamente preguntándose unos á otros con el mayor sigilo.

—¿Tienes trabuco?

—Sí.

—¿Y balas?

—También.

—¿Y cerillas?

—No.

—Pues toma, é incendia palacios.

De provincias llegaban telegramas de los gobernadores concebidos en estos términos:

«Trabajos anarquistas continúan. Esta tarde fué detenido un reputado liquidador social, á quien ocupósele retrato Ravachol vestido de cantinera.»

Otro gobernador decía:

«En la calle Ancha estalló á las doce una caja de cerillas inglesas, hiriendo á un inspector en dedo gordo. Adoptó precauciones.»

Notábase un gran malestar entre las clases pudientes. La at-

mósfera anunciaba catástrofes, y en muchas casas se cortaron las natillas.

Los verdaderos destructores de todo lo existente andaban por ahí con los ojos fuera de las órbitas, echando miradas iracundas á todos los que gastan *mackferland*, como si quisieran decirles:

—El día 1.º nos merendaremos á todos ustedes, y además pensamos pegarle fuego á Madrid por sus cuatro puntas. Al único que respetaremos será á López Silva.

Las esposas de los conjurados recibían cartas de sus esposos, que decían poco más ó menos:

«Ugenia: no me esperes esta noche porque estamos *cospirando* en casa del Chepatorcida y sabe Dios á qué hora acabaremos. Por un si acaso guárdame la cena, pues ya sabes que aquí *cospiramos* sin alimentación de ningún género.»

En poder del gobernador había caído el siguiente documento, escrito con sangre y empapado en aceite mineral:

«Manolo: Te agradeceré que me remitas los tres reales y medio que me debes del mes, pues tengo que salir el día 30 para Betanzos, á fin de incendiar los edificios públicos y ver si de paso mato al recaudador de contribuciones que es paisano mío y burgués sin vergüenza.

Ya comprenderás que necesito ir provisto de fondos.—Tuyo, *Barbamocho.*»

Pues bien, todo el pánico que embargaba los espíritus antes del día 1.º se ha convertido en placidez, y hasta la hora de escribir el presente artículo no se sabe que haya pasado nada.

Antes al contrario, muchos anarquistas conocidos han aprovechado el día 1.º para irse á comer fuera de puertas con sus familias; y en vez de entregarse á la decapitación de burgueses, se han dedicado á las chuletas con tomate y á la ensalada de escarola con aceitunas negras.

Poco á poco se van dulcificando las costumbres en nuestro pueblo, y esto se debe, en gran parte, á la fiesta del árbol. Cuando ésta adquiriera desarrollo, ¡qué poquitos serán los que no acudan de merienda al plantío!

Mis compañeros López Marín y Limendoux han escrito una revista titulada *Madrid Cómicó*, que se representa, con excelente éxito, en el Teatro Romea.

Aparte el mérito de la producción, el título me obliga á dedicarle estos renglones.

Yo, que amo á *MADRID CÓMICO* como si lo hubiera dado á luz, tengo que experimentar grata impresión al ver que los dos referidos poetas bautizan su obra con este nombre dulce y sabroso.

Mi enhorabuena á los autores y que Dios se lo aumente.

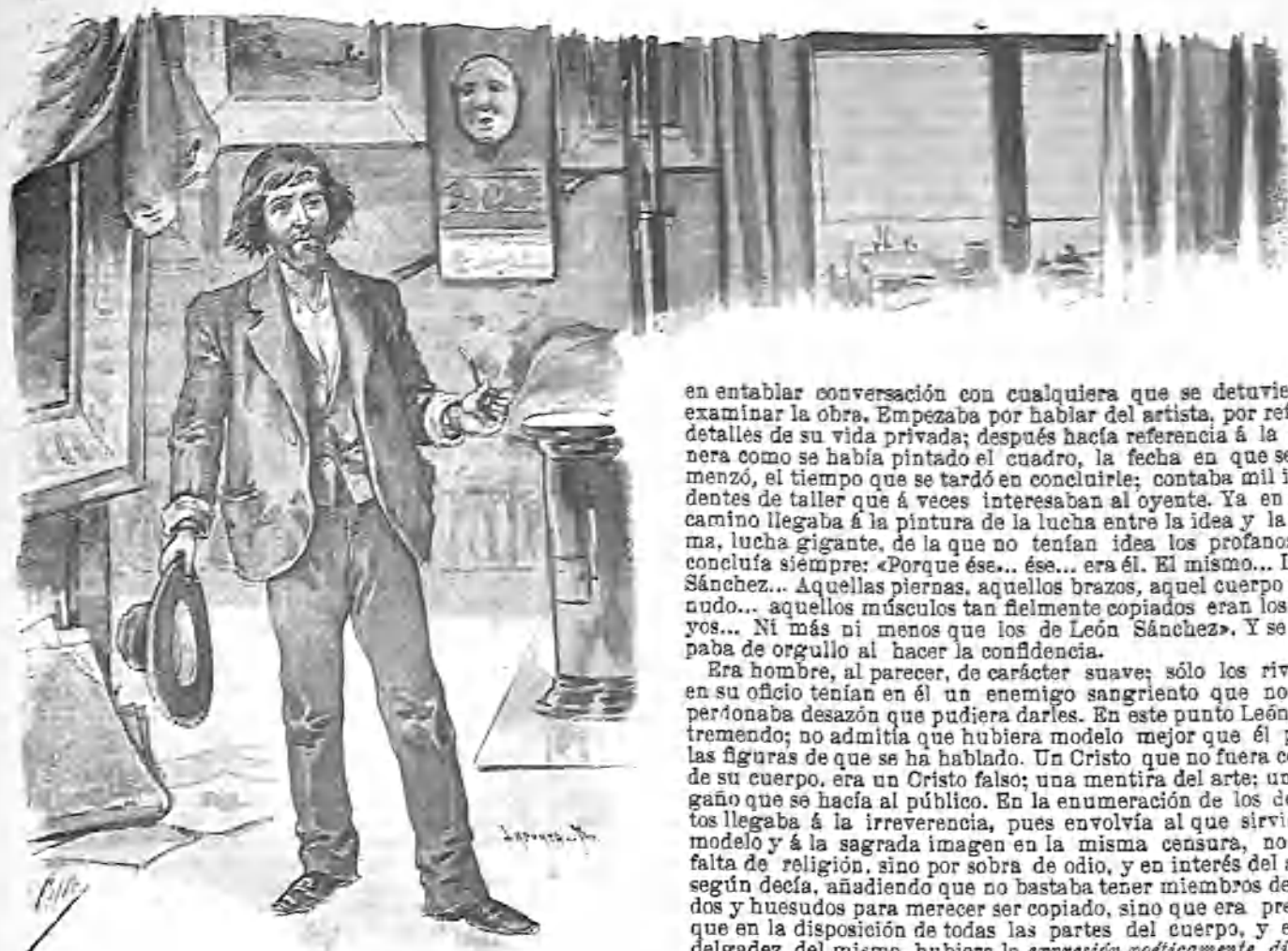
Luis Taboada.

UNA HORMIGUITA

Difícil que en el mundo
haya existido ni exista
un hombre más económico
que mi amigo don Matías,
Sólo en economizar
sus satisfacciones cifra;
así es que á la quinta esencia
llega de la economía.
Al nacer, ya con un pie
de menos vino á la vida,
y aunque esto generalmente
constituye una desdicha,
él se encuentra muy contento
con su mutilación física,
porque al tener sólo un pie,
una hote economiza.
Siempre que va por la calle
baja hacia el suelo la vista,
y se trae algo á su casa,
lo mismo que las hormigas,
pues borón con que tropieza
ó papelucho que atisba
no tarda en ir al bolsillo
del amigo don Matías.
Si fuma, fuma de gorra,
y si enciende una cerilla,

apágala prontamente,
y apagada no la tira,
que con las demás le sirve
para hacer una bujía.
Para no gastar, no gasta
ni bigote ni patillas,
y por no gastar faldones,
jamás se pone levita,
y ni aun gasta cumplimientos
y ni aun gasta cortesías.
Si está enfermo, jamás toma
purgantes ni lavativas,
evitándose así el gasto
de la acción consecutiva.
Ni una vez se ha dado el caso
de dar él una propina,
ni de dar satisfacciones,
ni de dar los buenos días.
Y si es que no ha suprimido
el verbo *dar* don Matías,
sólo es porque, francamente,
aun lo usa y lo necesita
para dar... dinero á créditos
con sólida garantía,
sobre sueldos del Estado
ó hipotecas sobre fincas.

Ricardo Monasterio.



Vanidad.

En el estudio de mi amigo el afamado pintor Z conocí á León. Desde el primer momento aquel hombre despertó mi interés y mi simpatía. Los del oficio decían que modelo más acabado jamás le vieron, y se le disputaban para copiarle en sus cuadros, sobre todo en los que figuraban Cristos, santos ó personajes macilentos y que habían de representar gran tristeza ó mortificación. Y no se crea por esto que León era hombre descuajaringado ó de aspecto enfermizo. No. León era delgado hasta el punto de que bajo su piel podían contarse los huesos sin gran trabajo, pero con delgadez elegante, verdaderamente poética, como si la carne se hubiera consumido por el fuego de una fiebre del espíritu y no por dolencia física alguna: era la suya la demacración augusta del Hijo de Dios, no la del mendigo enfermo, que sale arrastrándose de un hospital. Desde un poco lejos parecía de marfil.

Dentro de la ropa no se hallaba á gusto, y sus movimientos eran tardos y perezosos, como de un hombre que lleva una carga enorme que le encorva. Cuando empezaba á desnudarse era otro. Respiraba con marcadísima satisfacción; arrojaba las prendas lejos, como si las tirase por inservibles; erguía poco á poco el cuerpo, y ya completamente desnudo, estiraba todos sus músculos, frotábase las manos y daba zapateadas en el aire, riendo sin causa. Era un preso al que abrían las puertas de su cárcel.

Las demostraciones de alegría duraban el tiempo preciso para que el artista que había de copiarle se dispusiera al trabajo. León tomaba entonces su actitud de siempre. La de un modelo concienzudo que ama su oficio y que goza practicándole. En los ratos de descanso se acercaba al caballete, contemplando con atención profunda el cuadro ó boceto.

Después de comparar el miembro pintado con el original, mostraba su satisfacción ó disgusto, según que la copia era, á su juicio, más ó menos exacta. Terminada la sesión permanecía un rato desnudo, dando señales de visible contrariedad, como si su verdadero trabajo fuera el de vestirse. Una tarde de verano, distraído, sin duda, se dirigió á la puerta para salir con la ropa al brazo y completamente en cueros. Fue necesario advertirle del desnudo. Aquel día se vistió de peor gana que nunca.

Acudía á todas las Exposiciones en que eran presentados cuadros para los que sirvió de modelo. Mostraba suma destreza

en entablar conversación con cualquiera que se detuviese á examinar la obra. Empezaba por hablar del artista, por referir detalles de su vida privada; después hacía referencia á la manera como se había pintado el cuadro, la fecha en que se comenzó, el tiempo que se tardó en concluirle; contaba mil incidentes de taller que á veces interesaban al oyente. Ya en este camino llegaba á la pintura de la lucha entre la idea y la forma, lucha gigante, de la que no tenían idea los profanos. Y concluía siempre: «Porque ése... ése... era él. El mismo... León Sánchez... Aquellas piernas, aquellos brazos, aquel cuerpo desnudo... aquellos músculos tan fielmente copiados eran los suyos... Ni más ni menos que los de León Sánchez». Y se hispaba de orgullo al hacer la confidencia.

Era hombre, al parecer, de carácter suave; sólo los rivales en su oficio tenían en él un enemigo sangriento que no les perdonaba desazón que pudiera darles. En este punto León era tremendo; no admitía que hubiera modelo mejor que él para las figuras de que se ha hablado. Un Cristo que no fuera copia de su cuerpo, era un Cristo falso; una mentira del arte; un engaño que se hacía al público. En la enumeración de los defectos llegaba á la irreverencia, pues envolvía al que sirvió de modelo y á la sagrada imagen en la misma censura, no por falta de religión, sino por sobra de odio, y en interés del arte, según decía, añadiendo que no bastaba tener miembros delgados y huesudos para merecer ser copiado, sino que era preciso que en la disposición de todas las partes del cuerpo, y en la delgadez del mismo, hubiera la *expresión poéticamente divina* del suyo, sin lo que no podía resultar pintura sagrada, digna de este nombre.

Este odio por los modelos de su género convertíase en desprecio absoluto para los de otros. En su opinión eran modelos vulgares, y en su arte significaban lo que el lamido cromo respecto á la pintura. ¡Hombres robustos plétoricos de vida, de reluciente piel y miembros bien dibujados!... ¡Bah!... La carne, la asquerosa carne, lo plástico, que no produce emoción honda, mientras él era el espíritu, lo que no se define, lo que sólo copia el genio, lo que sólo comprende el verdadero artista...



Hubo una época en que, sin causa aparente, León empezó á ponerse triste. Seguía cumpliendo con su obligación, eso sí, pero no demostraba el entusiasmo de antes. Llegaba al estudio, dirigía á los que en él se encontraban un saludo frío y melancólico, y sentándose en el rincón más obscuro, como si temiera las miradas ajenas, esperaba á que el pintor le diera orden de que se desnudara. Y entonces... ¡cosa increíble! lo hacía

con mucha pausa y entre profundos suspiros, como si le costara gran trabajo exhibir el cuerpo de que en otro tiempo se encontraba tan orgulloso. Durante la sesión parecía muy preocupado, y dos ó tres veces pudimos notar que las lágrimas humedecían sus ojos. Como antes, terminado su trabajo, acercábanse al caballete, pero no sin habérselo vestido con una precipitación desusada en él.—Sí... está bien... Es exacto—murmuraba después de mirar el cuadro;—y en su acento había una amargura tan grande que nos impresionaba á todos. Varias veces intentamos saber la causa de su tristeza...—No, no es nada; aprensiones de ustedes—nos respondía.—Soy el mismo de siempre, Y sin más explicaciones salía del taller con la cabeza inclinada sobre el pecho y el paso inseguro como el de un borracho.



Un día mandó recado al estudio de Z, diciendo que no podía ir porque estaba enfermo. Z y yo fuimos á su casa con el objeto de verle y proporcionarle algún socorro, si es que le necesitaba. Nos recibió su esposa, mujer ya entrada en años y de insignificante aspecto. Con voz temblona, nos dijo que León estaba en cama desde el día anterior, y que había dado orden terminante de que no entrara nadie á verle, porque quería descansar.

—Está muy nervioso—añadió—y no me atrevo á contrariarle...

Pasaron algunos días sin que León apareciera por el estudio. Seguía enfermo. Volvimos dos ó tres veces á su casa sin conseguir verle. Su mujer nos decía siempre lo mismo:

—No quiere ver á nadie... ¡Y está tan nervioso!

Comprendimos que era deber nuestro respetar el secreto motivo por el que se negaba á toda visita y dejamos de ir; Z mandaba todas las mañanas al mozo del taller á preguntar por el enfermo. La contestación no variaba:

—Sigue lo mismo... El médico ha ordenado que se le deje tranquilo... ¡Está muy nervioso!

Así transcurrieron dos meses. Una mañana en que yo me encontraba en el estudio de Z, nos sorprendió la visita de la mujer de León. En un rato no hizo más que lanzar hondos y desgarradores suspiros, sin que sus labios pudieran articular palabra que explicase la razón de su presencia en aquel sitio. Lo primero que á Z y á mí se nos ocurrió fué que León Sánchez había muerto ó se veía en inminente peligro de ello... Lo preguntamos á la vez.

—No... no—respondió su esposa cuando pudo hablar.—No se ha muerto... Acudo á ustedes porque me es imposible callar más tiempo... El se ha negado siempre á que les dijera á ustedes lo que sucedía, y le he obedecido... por temor de que empeorase si por casualidad llegaba á noticias tuyas que yo había descubierto su secreto... Pero las cosas han llegado á tal extremo que me he decidido, y vengo... para que ustedes me aconsejen lo que me toca hacer... Porque, la verdad, yo no sé ya qué partido tomar... Por estas cruces que estoy más loca que él. ¡Y cuidado que León lo está de remate!

Estas palabras y la desesperación con que las pronunció aumentaron nuestra curiosidad. Procuramos tranquilizar á la infeliz, y una vez conseguido, la explicamos que nos refiriere lo que sucedía, cosa que ella hizo en la siguiente forma:

—Antes del día en que León se decidió á dejar su oficio, llevaba ya muchos de gran preocupación y desasosiego. Yo lo advertía, pero sin que me atreviera á dirigirle pregunta alguna, porque aunque parece de condición mansa, no pueden ustedes figurarse lo que para mí fué desde que se pasó nuestra luna de miel... ¡Una fiera! ¡Lo que se dice una fiera! Llegué á cobrarle un miedo atroz, y puedan ustedes creerlo,

el único acto libre de mi vida es el que ejecuto ahora viniendo á ustedes para referirles lo que me pasa... León me ha despreciado siempre... Para él he sido una mujer insignificante... Y no es que me queje... no, señores... Yo comprendo que un hombre tan superior como él podía aspirar á un enlace más ventajoso, á una mujer más hermosa, más inteligente que yo... Esto es claro... Pero, la verdad, aun comprendiéndolo así, me mortificaba su desdén... ¡Qué culpa tenía yo de ser fea y tonta! Perdonen ustedes este desahogo... No hace al caso... Sigo en mi relato.

«Ocho días antes de caer enfermo, of que me llamaba desde su cuarto. Antojóseme que en su voz había más aspereza que nunca, y llena de susto acudí en seguida. Encontréme á León sentado en la cama y sin ropa alguna que tapara la desnudez de su cuerpo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y la expresión de su rostro era sombría, terrible... Temblando toda, le pregunté si necesitaba algo, y por toda respuesta de un salto vino á mí, y clavándome sus ojos iracundos, me dijo...—¡Ea! ¡A mí no hay que venirme con embustes! ¡No me dejes engañar! A ver... ¿Qué notas en mí? ¡Cuidado con hipo-cresias! ¿Qué es lo que notas?—Viéndole tan desconcertado, crecí mi angustia. Como pude respondíle que no advertía nada de extraordinario, y con la respuesta crecí su furia. —¡Pues eres una imbécil, tan imbécil como todos!—exclamó, amenazándome con el puño cerrado.—¡Para qué te sirven los ojos! ¡Tiene mi piel el color que siempre ha tenido! ¿No ves que se va poniendo rojiza? ¿Con éstas mis piernas de antes? ¡Es éste mi pecho? Miralos, mujer, no te quedes ahí como una idiota. ¡No adviertes que me voy hinchando, que los músculos, que antes se señalaban de un modo perfecto, desaparecen ahora bajo la invasión de la carne ó de la grasa, ó de lo que sea? ¡Soy el mismo? ¡Qué he de serlo! Parece mentira que haya gentes tan obtusas que no vean lo que yo veo!... ¡parece mentira!

«Con gran desesperación se volvió á la cama y me ordenó que fuera en seguida en busca de un médico... Para no cansarles á ustedes más con la relación de detalles que importan poco, les diré que el doctor, después de examinarle con gran detenimiento y dirigirle mil preguntas sobre los síntomas que experimentaba... me dijo... y aquí empieza mi mayor desventura, que León estaba en lo justo al quejarse, y que de todo lo que en él había observado resultaba que era víctima de un principio de hidropesía de difícil curación dada la edad del paciente.

«No se engañaba: de día en día aumentaba la hinchazón... ¡Es terrible!... ¡Crean ustedes que da lástima ver cómo se ha puesto el pobre! ¡Está hecho un monstruo! Y no es eso lo peor del caso, sino que la enfermedad le ha trastornado de tal manera que á veces pierde la cabeza por completo... Todo su furor cae sobre mí. Me insulta, me escarnece, me pisotea... ¡Yo no puedo más! Y [como por usted (y se dirigió á mi amigo), mostró siempre gran respeto y cariño, me he] decidido á venir para suplicarle que le haga entrar en razón...



«Que le vea, que le hable, que le consuele, que le tranquilice dándole esperanzas. En fin, diciéndole lo que se le ocurra... porque á mí ya no se me ocurre nada, ni tengo fuerzas para dirigirle una palabra, ni me hace ningún caso... Hast. hará cosa de una semana le quedaba un consuelo: el de que, inservible él para su oficio, no se podría encontrar quien le sustituyera...—Esta hinchazón me mata á mí, decía, y conmigo mata al arte.—Con lo que, al parecer, quedaba más tranquilo. Pero días pasados leyó en un periódico una revista de no sé qué Exposición, y como viera las alabanzas que en ella se dirigían á

un cuadro que representaba un Cristo para el que sirvió otro de modelo, comenzó á dar grandes voces y á golpear en la cama, motejando de imbéciles á los artistas que seguían pintando Cristos y santos á pesar de que él, León, había muerto para el arte.

»Con la excitación nerviosa aumentaron los dolores que desde hace días sufre, y para concluir, le vi tan malo que, creyendo llegada su última hora, avisé al médico. No me consoló ésto gran cosa, pues aunque me afirmó que gravedad de muerte no la veía por ahora, añadió que el cerebro de mi marido iba de mal en peor, y que de continuar así las cosas se volvería loco... ¡Loco mi pobre León!... ¡Comprendan ustedes que esto es horrible!... ¡No, no puedo soportarlo!... ¡Por la Virgen Santísima les juro á ustedes que pasa de mis fuerzas! ¡Y por ello les suplico que me auxilien! Vayan á verle... Háblenle.

No era posible resistir aquella súplica, y sin preguntar más nos dirigimos á casa del modelo.

Al verle, instintivamente retrocedimos. ¡Fué miedo, tristeza, asco! No lo sé. Razón tenía su esposa... León Sánchez estaba hecho un monstruo. Al entrar nosotros, y sin duda porque el peso de las mantas le oprimía, habíalas arrebujado á sus pies y, tendido en el lecho, mostraba su cuerpo deforme, hinchado, rojizo... Parecía que la piel iba á romperse dejando brotar la sangre negruzca y espesa.

Quando se dió cuenta de nuestro asombro, recogió la ropa y se cubrió hasta la frente, lanzando un alarido de fiera que cayó en el lazo... Vencido el primer movimiento de repulsión, mi amigo se aproximó á él y procuró consolarle, diciéndole que aquello pasaría pronto y refiriéndole casos peores que el suyo, en los que se obtuvo una curación radical. Oyéndole, pareció animarse, y bajó la sábana hasta descubrir el rostro.

—Muchas gracias por el consuelo—le dijo.—Sí... tiene usted razón: no hay que desesperar... Yo creo que volveré á ser el mismo que fui... y será una gran fortuna... para mí... y para el arte... Para el arte sobre todo, porque ya ven ustedes... ¡qué sería de él si yo quedase de esta suerte?

Tres meses después murió León Sánchez... Mi amigo Z y yo presenciamos su agonía. El dolor de su carne, resquebrajada ya por la hinchazón creciente, debía de ser inmenso; pero á los gritos que le causaba uníanse otros, clara señal de que aun en tan extremo lance conservaba una presunción incomprensible... Como Nerón, dijo momentos antes de lanzar el último suspiro:

—¡Lo que pierde el arte! ¡Lo que pierde el arte!

Luis de Ansorena.



DIME CON QUIÉN TRATAS

y te diré en lo que te transformarás.



—Como ven ustedes, éste es un león oyendo los primeros rumores de beligerancia.



Á los segundos rumores.



Al recibir las primeras advertencias amistosas.



Al admitir la posibilidad de la intervención.



Dando tiempo al tiempo.



Resignado con la idea de pagar alguna que otra indemnización de daños y perjuicios.



Haciendo el último esfuerzo para volver á su pristino estado.



Al concluir pacíficamente las negociaciones.

A UN DRAMATURGO RURAL

¡Conque haciendo *pendant* con EL ALMA, que es un drama que hiciste soberbio, has zurecido en dos meses escasos un drama en tres actos que llamas EL CUERPO?

Recibi el ejemplar; lo he leído y, si te he de ser franco, celebro que cultives las letras, ¡oh ilustre maestro de escuela de Valdeloscuernos! Ya sé que hay un teatro en la aldea; que estrenaste allí EL ALMA y te dieron por EL ALMA los valdecornudos bastantes pesetas en muy poco tiempo. ¿Y qué voy á decirte del drama?

¡Poca cosa he sacado de EL CUERPO! Personajes simbólicos sobran y en cambio hay pobreza de acción y de enredo. Es bonita la escena entre el bife, la retina, los ganglios y el fémur. ¡Con qué maña los pies y las manos se van por el foro quitando el pellejo!

¡Pues y el diálogo aquel de las muelas? ¡Y la escena de armónico efecto en que al son de la trompa de Bustaquio de pronto se ponen en danza los nervios? Se podía sacar más partido del monólogo aquel del cerebro y de aquella escenita en que riñen y al cabo se ponen de punta los pelos.

Las costillas resultan muy falsas; los tendones no están en su centro, y la lengua no es todo lo suave que anuncia el hermano del peritoneo. Las membranas son todas endebles; los riñones no salen á tiempo; pero, en cambio, está bien entendida la escena que tienen la tibia y el recto.

El amante de la pituitaria tiene mucho relieve, y es bueno que al topar con el bazo en la calle le explique sus dudas en un parlamento.

¡Y el haberle salir por la boca del estómago es golpe maestro! ¡Lo que sacas al fin si que es fuerte!

¡Debias cortarlo sin pena ni duelo!

Ahora bien, ¿quieres tú doblegarte á escuchar un humilde consejo?

Ven y estrena tu drama en la corte, ¿Qué puede pasarte? Llevar un menea.

Mas no caigas en manos de actores del teatro de Valdeloscuernos.

¿No te hicieron EL ALMA pedazos?

Pues eso te debe servir de escarmiento.

Cuando EL ALMA les diste, ¿de EL ALMA no lograron hacerte un buñuelo?

Pues si EL CUERPO te estrenan ahora, ¡verás, infeliz, lo que te hacen de EL CUERPO!

Juan Pérez Zúñiga.

LA COGIDA DE PAQUILLO

(A MI QUERIDO AMIGO ÁNGEL RODRÍGUEZ CHAVES)

A Paco, el banderillero,

le dijo un día un amigo:

—¡La Juliana te la pega con no sé qué señorito, lo cual que yo te lo azvierto pa que no hagas más el primo!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Me costa!

—Pero ¿cuándo?..

—¡Los domingos!

Mientras que tú en la corrida

y entre Miras ó Saltillos

te pasas toda la tarde

bregando como es debido,

se cuela er gachó en tu casa

y allí se está tan tranquilo

charlando con tu señora

ú acertando jeroglíficos.

Siento darte esta noticia,

pero como yo te estimo

y sé que tú eres muy hombre,

por eso, na más, lo digo.

.....

Lo que sintió el pobre Paco

no es posible describirlo,

porque la adoraba ciego...

con locura... con delirio...

y aunque el coraje le ahogaba

por dentro, tuvo cinismo

para fingir, y sin darse

siquiera por ofendido,

se alejó de los del corro

diciendo:—¡Me da lo mismo!

II

La plaza estaba brillante.

¡Qué animación! ¡Qué bullicio!

¡Cuánta hermosura en los palcos!

¡Cuánta bronca en los tendidos!

Hizo el clarín la señal,

y apareció el primer bicho

con el ímpetu pujante

de furioso torbellino.

Cinco jinetes salieron,

y en tierra dieron los cinco

con sus cuerpos hechos polvo

y los jacos hechos cisco.

Tocaron á banderillas,

y allá va nuestro Paquillo

con los palos en la mano

y el andar muy decidido...

¡Pero algo triste le pasa!

Su semblante no es el mismo,

y él, que siempre fué valiente,

parece esta tarde tímido.

Al verle preocupado,

vacilante é indeciso,

piensa la gente que es miedo

lo que más bien es martirio,

y entre denuestos y voces,

imprecaciones y gritos,

¡le dan al pobre una silba

de padre y muy señor mío!..

Y es que, aunque está frente al toro,

tiene el pensamiento fijo

en su casa... y dice *in mente*:

—¡Qué pasará allí, Dios mío!

¿Será cierta mi deshonra?

¿Cómo probar el delito?

¡Si pudiera sosprenderlos!..

Pero ¿cómo lo consigo!

De pronto se irguió el muchacho,

avanzó como movido

por la fuerza irresistible

de un deseo repentino,

y plantándose en la cara

de aquel animal bravo,

en vez de clavar los palos,

se arrojó, ciego, al morrillo.

.....

¡Gracias á que los capotes,

por suerte, anduvieron listos,

y sacó sólo un puntazo

por milagro del Altísimo!

III

Escotado por inmensa

muchedumbre de chiquillos,

en una humilde camilla

fué á su casa conducido,

y á pesar de los dolores

pensaba por el camino:

—¡Ya conseguí mi deseo!

¡Dios, que es justo, me ha asistido,

librándome de una muerte

segura en aquel peligro!

¡Ahora veré á mi mujer,

ahora llego de improviso,

y si es cierta su perfidia,

aún tengo alientos y bríos

para que sufra la infame

el castigo merecido!

Llegó con mucho cuidado,

se hizo entrar con gran sigilo,

y la encontró arrodillada

delante de un crucifijo...

¡pidiendo á Dios que guardase

la vida de su Paquillo!

Fraico Yáñez.

En la gloria.

Sin pulso, sin color, descajado,

llegó al trono de Dios omnipotente,

temblando de emoción, el delegado

de una nación católica y creyente.

—Oye, Señor, el pueblo que me envía,

dijo puesto de hinojos;

si de él apartas tus clementes ojos,

perecerá.

—¿Por qué?

—¡Por la sequía!

En la sedienta tierra nada brota

y se consumen secas las raíces.

¡Sobre nuestras narices
no cad hace seis meses ni una gota!
Y sin agua, Señor, no hay pan, ni vino,
ni carne, ni legumbres, ni tocino...
Por eso vengo á verte
y á pedir que nos libres de la muerte.
—De modo que queréis...

—¡Agua del cielo
que fecundice el abrasado suelo.
—¡Agua necesitáis! dijo asombrado
el Todopoderoso.
¿No os queda ningún río caudaloso,
ni fuentes, ni lagunas? ¿Se ha secado
aquel mar tan profundo
que ocupaba algo más de medio mundo?
—No, Señor; mas no hay modo de que llegue
á regar nuestras tierras y plantíos.
—¿Y queréis que yo vaya y os los riegue?
¡Pues sois muy exigentes, hijos míos!
Os di una inteligencia poderosa
capaz de remediar los propios daños.
¿Qué habéis hecho con ella? Poca cosa
en tantos cientos de docenas de años.
¡Porque sois pedigueños y holgazanes
y preferís hacerme rogativas
á emplear y gastar siglos de afanes
en obras productivas!
¿No tenéis, por ventura, el mar á mano?
Tomad del mar el agua si no llueve.
—Imposible, Señor.

—¡Calla, cristiano!
Imposible, ¿por qué? ¡Dí que es más breve
convertirme en manguero y hortelano!

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS.

Murió, como sabrán ustedes, la insigne artista D.^a Teodora Lamadrid. Como era de esperar, con motivo de tan desgraciado suceso, los periódicos se dedicaron á relatar anécdotas, referir triunfos y exhumar recuerdos de la difunta, unos por medio de artículos en la sección amena, y otros, como *La Época*, por ejemplo, aprovechando para ello la revista ó noticia del entierro.

En esta revista he podido yo averiguar una porción de cosas que ignoraba, y que son á saber:

«Todos ellos (los antiguos compañeros de Teodora) recordaban anécdotas relacionadas con la vida de la actriz: memorias del tiempo viejo que evocaba la presencia de aquel cadáver.»

Fíjense ustedes en esas memorias que evocaba el cadáver, porque van á tener miga luego.

«Recordaba el inteligente actor Sr. Oltra, retirado ya por completo de la escena...»

«Sí, señor, sí; completamente retirado. Y á que no sabe usted por quién? ¡Por el dedo de Dios, que le borró del libro de los vivos hace muchos años! Pero, en fin, se conoce que salió de la tumba aquel día para formar parte del cortejo fúnebre y para referir anécdotas.»

Las cuales anécdotas, gracias á las memorias que evocaba el cadáver, se redujeron á afirmar lo siguiente, según *La Época*:

«La gran actriz era injusta, porque decía que no había tenido ninguna discípula digna de ella, y se olvidaba de María Guerrero.»

La gran actriz no sabía una palabra de efectos teatrales, porque se empeñó en hacer á su capricho una escena de *Un drama nuevo*, que no resultó.

La gran actriz tuvo éstas y las otras aventuras.

Total, y en resumidas cuentas: que antes, al morir, tenía uno el consuelo de que le llegaba la hora de las alabanzas; pero ahora es temible trance el de que le entierren á uno, sobre todo si asiste al acto el Sr. Oltra, no menos cadáver, y le pone á uno como chupa de dómine.

Según parece, los señores filibusteros de la manigua han levantado un empréstito en los Estados Unidos importante dos millones de dollars, empréstito que á las veinticuatro horas se había cubierto cinco veces.

Lo creo.

Porque ¿en qué se puede colocar el dinero mejor que en bonos de la república cubana?

Si triunfan los separatistas, el desembolso puede reintegrarse con creces, y si son vencidos... ya lo abonará el Gobierno español en forma de indemnizaciones á súbditos americanos.

De manera que no hay quiebra posible.

—¿Se acuerdan ustedes del *Inglésito*?

«Terminada causa del *Inglésito*, probado ser americano y distinto cabecilla del que está en Matanzas. El cónsul lo embarcó.»

«Ven ustedes! Si llegamos á proceder de ligero y le fusilamos oportunamente, habríamos tenido un cargo de conciencia todos los españoles. Porque este cabecilla es americano y distinto del otro, y aunque le cogieron con las armas en la mano, no las tenía para matar á nadie, sino para hacer gimnasia.»

Pero ¡cuidado que se han tardado meses en probar todo eso!

En cambio ha vuelto á salir el renombrado vapor *Bermuda* conduciendo una expedición de hombres, cañones y fusiles.

Pero ¿para qué apresarán ese barco, si ya está visto que no se adelanta nada absolutamente?

Lo mejor sería dejarle llegar á su destino, y quitarse quebraderos de cabeza.

¡Tomad! Y que acaso pueda aprovecharle alguna vez el *Inglésito*, ese que acaba de embarcar el cónsul, en vista de que es americano.

Yo ya sé ¡ay! que cuesta mucho trabajo hacer los snelts de contaduría! Pero si no lo supiera, hubiera caído en la cuenta al leer el siguiente:

«El insigne Novelli, que es un encanto verle trabajar todas las noches, prepara para la semana próxima...»

Lo cual que no hubiera empezado el párrafo de otra manera la criada del *propinante*.

DECLARACIONES ÍNTIMAS

Grilo.

Edad.—¡Ay! permítame que me reserve la respuesta, porque todavía presumo.

Talento.—Claro.

Modestia.—Infinita.

Flores que prefiere.—Las que me dedica *La Correspondencia de España* llamándome «poeta egregio» y «cantor de la sierra de Córdoba».

Autores que prefiere.—El de *Las ermitas* y el de *La chimenea campesina*.

Héroas que más admira en la vida real.—Los que dan veinticinco pesetas por un tomo de los *Ideales*.

Hecho histórico que más admira.—La votación unánime del Senado dispensando los derechos de aduanas á mis brillantes concepciones.

Nombres que más le gustan.—Condesa, marquesa, duquesa... y de ahí para arriba.

Estado actual de su espíritu.—De agradecimiento al ver que todo el mundo toma parte en mis penas.

Su principal defecto.—Escribir cartas dando las gracias á los obispos y publicarlas inmediatamente en los periódicos.

¿Qué opina de Campoamor?—Que ha hecho muchos versos inútiles y no se ha acordado de dedicar un mal soneto á las instituciones, que es lo más positivo.

Proxistas favoritos.—Los gacetileros que dan un bombo al lucero del alba.

Músicos favoritos.—Los ruseñeros que lanzan *arpeggios*, para aconsonantar con *regios* y *egregios*.

Ocupación que prefiere.—Comparar al mar, al sol y á la luna con las personas importantes y viceversa.

¿Cómo quisiera morir?—Recitando aquello de *veñas casitas blancas como palomas* para ver si se conmovía el Hacedor y me dejaba estar de gorra al pie de su trono.

Raigo principal de su carácter.—La constancia para conseguir que me estén pagando constantemente los mismos versos.

Cualidad que prefiere en el hombre.—La de escribir en álbums.

Cualidad que prefiere en la mujer.—La de dar mil pesetas por un tomo, y hacérselo presente á las amigas para que se piquen y den mil quinientas.

¿Qué opina de la poesía?—Que no está llamada á desaparecer mientras los príncipes celebren sus cumpleaños.

¿Qué opina de la política?—Que el que manda, sea quien fuere, bien merece una oda.

Lo que quisiera ser.—Poeta.

País en que quisiera vivir.—España. No hay otro más á propósito para lucirse disimulando rípios.

Lo que constituiría su desgracia.—Que pasaran de moda las *antras* suaves y los *arroyuelos* marmaradores. Pero para rato hay, si Dios quiere.

¿Qué es lo que más le satisface?—Haber formado escuela.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Chiringuito.—De cada cien cantares,
casi siempre los cien salen vulgares.

Sr. D. J. R.—Fíjese usted:

«No te alejes, suspiro mío,
aunque con fuerza te despida
que si buscas al alma querida...»

Porque ¡caramba! aunque los versos se titulen *Expansión*, no deben ser tan expansivos en cuestión de sílabas.

Sr. D. M. F.—El romance es pedestre y vulgarote como él solo. Es decir, como él solo no; que á veces los hacen así los primeros espadas.

Sr. D. J. A.—No está del todo bien la *arabera*, dicho sea de paso. Lo de que el astro soberano se oculta en su *aycano* es ripio manifiesto. Porque ¿qué arcano es ése? ¡El horizonte!

Canta en invierno.—Pero para ripios, esos epigramitas. El señor que se llama don *Pérez* por la fuerza del consonante, y el médico que en *sacrificio* les dice una cosa á dos señores, son de los de mayor cuantía precisamente.

Sr. D. J. B.—«No te pongas la mantilla
cuando vayas á confesar...»
No ponga usted en los versos
ni una sílaba de más.

Sr. D. J. S.—Demasiado largo, y demasiado anodino, que es lo más lastimoso. Porque el asunto no tiene pizca de interés.

Barcelona I.—Tiene muchísima gracia lo de la rendición de Sofía y no puede negarse que está hecho con habilidad. Pero ¡ay! la pornografía es demasiado transparente.

Idem II.—Vulgaridad.

El mero Mera.—Digo exactamente lo mismo.

Voltereta.—Largo, y un poquito descuidada la forma. Lo de la rectificación es imposible, porque la igualdad de iniciales es frecuentísima y... sería el cuento de nunca acabar.

Macaco.—¡Valiente pedacito de majagranzas está usted, y que Dios le perdone!

El hermano Melitón.—Son muchos, muchos. Y entre tantos no puedo escoger uno siquiera. ¡Es desgracia de los dos!

Caracalla.—Inocente salió la mendencia

y no conviene ¡oh Dios! tanta inocencia.

Kosaida.—Que constituye también el principal defecto de ese diálogo. Hay que tener algo de intención al escribir coplas.

D. Afición.—Abusa usted de las asonancias de una manera lastimosa. En las dos humoradas los cuatro versos primeros de cada una son asonantes. Y fíjese y verá cómo suenan á diablos coronados.

¿Qué tal?—Hombre, pues... no está mal hecho el soneto. Lo que hay es que no le interesa á nadie más que á la *interfecta*.

Los hijos de Mendiabál.—Vaya, vea que son ustedes muy de *bullá*, y me alegro infinito, porque el hombre debe divertirse todo lo que pueda.

Un vale.—¡Ay, no! Usted no va á llegar á la meta á ese paso. Usted se va á quedar en la *meta*... del camino.

Sr. D. J. M.—Ya se ve que es usted un niño pequeño, pero muy pequeño. ¡Puede que esté usted agarrado al pecho todavía!

El trovador.—¡Mediánillo anda eso! Porque á lo mejor va usted y no cuenta las sílabas.

Mustio Cebolla.—Diluido el asunto, puesto que sólo se trata de un *calembourg* insignificante.

Tergicore.—Zúñiga puro. Pero eso hay que dejar que lo haga él solito. Porque segundas partes nunca tuvieron gracia.

Un sayaguis buen mozo.—Y que haría muy bien en escribir eso de la ambrosia *exclusivamente* en el álbum de ella.

Sr. D. L. S.—Aquello pasó pronto. Gracias. De las menudencias no puedo aprovechar esta vez ninguna.

Sr. D. M. A.—La contestación anterior sirve para usted en todas sus partes.

Sr. D. R. C.—Por el aquel de los consonantes hay un trasiego de tiempos de verbo que... no puede pasar.

Quintín I.—La idea es graciosa, pero el romance es un poquito endebles. Una advertencia: *Bóveda* no es asonante en *ca*. Á no ser que se diga *bóveda*, lo cual sería faltar á la arquitectura.

Sr. D. E. E.—Tienen un único y capital defecto, que es el más frecuente: la vulgaridad.

Deridmona.—No hay para qué, porque eso mismo se ha dicho muchas veces en distintos tonos.

Sr. D. J. F.—No; al público no le gustan los versos de abanico generalmente. Porque ¿qué le importan á él los piropos?

Orencia.—Sigue no gustándome, á pesar del arreglo.

Sr. D. F. B.—Hay que pensar algo los asuntos, hay que dar sonoridad á los versos y hay que huir de las asonancias.

Fray Cualquiera.—No está clara la idea. Pero se sospecha que si estuviera clara sería demasiado atrevida.

Don Zanquillas.—«Eres reflejo y encanto
de muchos ares, Sofía,
y al ser hoy día de tu santo
pulso mi lira y te canto
con gozo y con alegría.»

¡Muy bien, muy bien! Eso es lo que se llama una felicitación clásica. Casi puede decirse que no hay otro modo de dar los días á las mujeres bellas.

Floringuindanga.—No tienen saliente. ¡Ah! las palabras *conuelo* y *desconuelo* son demasiado consonantes. No hay más que verlas.

Sr. D. E. L.—Está hecho con soltura y con buen instinto. El asunto es poco interesante empero.

Arturito.—Eso mismo estoy yo diciendo hace muchos años. Tiene usted, pues, razón á mi juicio y no lo dice mal del todo. Pero puesto que yo lo digo siempre... no hay por qué repetirlo.

Napoléon XII.—Hombre, hacer versos á la novia sin ulteriores fines, es decir, sin que tengan interés general, es meritorio, pero no se alcanzan los honores de la publicación de esa manera.

Sr. D. J. M.—Se pasó la elección y... se pasó la oportunidad efectivamente.

León.—¡Si viera usted qué viejecita y qué cochinita es la idea del epigramita!

Nahueodonosor.—Sí; la idea es vulgar y poco fresca, pero el ritmo está bien, y algo se pesca!

Móisés.—No se entiende eso. ¿Qué quiere decir?

Chichones.—Muy poquita cosa verdaderamente.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA—MARSAHARRA

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50 año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atresado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

«A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primera calle.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambay, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Impreso en los Hijos de M. G. Hernández, Librería, 24 desp.º